

## *La nada símbolo de lo sagrado*

**M**

aría, a diferencia de otros filósofos que creen haber llegado a la verdad y que no hay ninguna otra posibilidad, crea una filosofía que abre un nuevo

futuro al pensar. Es su obra provocadora, incitadora; podría definirse como una especie de aliento vital, que te recuerda que estás vivo y que tienes que vivir, y que sólo dentro de ti está la realidad que tú eres. Y que el hombre antes que razón, inteligencia, conciencia, etc. es hombre y *es*. Su problema es problema de realización. La nobleza de la tarea de María Zambrano es dar que pensar para poder realizarnos, revelarnos.

En María, al igual que ocurriera con Unamuno, se ve que a medida que su pensamiento va madurando tienen la necesidad de expresarlo por medio de la poesía. La palabra surge directamente del centro del hombre, de su corazón, sin necesidad de reflexión, y muestra, en un instante, instante de inspiración, nuestra radical esencia.

La obra de María no puede encerrarse en un sistema porque no es un pensamiento estático, sino dinámico, que pretende, sobre todo “descifrar” lo que se siente- pues nada se inventa y todo se descubre- y el sentir no es algo determinado de una vez por todas. Pero este sentir poético que nos constituye, no es

sino nuestro sentir originario, un núcleo que acarreamos a lo largo del tiempo, pero que no sucumbe a la temporalidad.

Frente a Descartes, donde el hombre es conciencia, María dirá que de cuando en cuando somos conciencia, pero que normalmente somos sentir originario; y es mediante los sueños que el hombre puede acceder a este sentir originario, pues en ellos el hombre es como si estuviese ensimismado en el centro que somos. Esto no quiere decir que debemos retrotraernos a los sueños, sino que debemos tenerlos en cuenta, porque nos dan a entender qué somos.

María es una filósofa de la vida, más que del pensamiento, una filósofa del sentir, de la creación, de ahí que deba recurrir a lo metafórico, al decir más allá de las palabras. Su obra es una obra viva y tiene el “poder de lo vivo y de la vida: arrastrar (...) y lo vivo, la vida, nos puede dejar de todo menos impasibles”<sup>1</sup>. Es por ello que utiliza un sinfín de metáforas (podría decirse que toda su obra es metafórica), al considerar que las expresiones lingüísticas no nos ofrecen de forma directa la realidad. María, siguiendo en este sentido a Nietzsche, exalta el poder de la imaginación metafórica frente a la rigidez de los conceptos, pues estos últimos no nos sirven para acercarnos a la realidad del devenir, múltiple y cambiante. La metáfora se mantiene abierta al mundo y no cerrada como ocurre con el modelo simplificador de los conceptos.

<sup>1</sup> Zambrano, M. *La España de Galdós*. Ed. Círculo de Lectores. Barcelona, 1991. p.28.

El lenguaje en María es engrandecedor, poseedor de símbolos, es un despliegue en la búsqueda de respuestas que nos facilite la comprensión de la realidad vital. La metáfora y los símbolos son necesarios porque no hay una correlación entre el mundo del objeto y el mundo del sujeto. La única relación posible es la relación artística, creadora, que se mueve en el ámbito de la libertad. Por ello el lenguaje de esta mujer está cargado de arte y libertad. Este arte vertido y transformado en filosofía exige que la obra de María más que leída sea interpretada, pudiendo darse tantas interpretaciones como posibles lectores y lecturas.

Su obra es poesía en el mejor sentido, por lo que también es en el mejor sentido pensamiento: consiste en ser, no ya una vía hacia el conocimiento, sino una forma de conocer, una expresión, que en su anhelante formularse, en esta su dicción que va al encuentro de sí misma y configurándose constantemente ante nosotros y en nosotros durante la lectura, en su dificultarse y a la vez iluminada progresión hacia sí, conquista, ahondando en la morada misma del lenguaje, una experiencia particular de conocimiento que sólo este lenguaje metafórico-artístico le procura.

Auténtica mística de la palabra puede encontrarse en *Claros del bosque*: María recrea un Paraíso Perdido en el que habría palabras cuyo destino no era el sacrificio comunicativo, sino la generación de la *comuni3n*. A estas palabras puras aspiran la poesía y el pensamiento; en esta utopía anida “la promesa de un orden sin síntesis, aboliendo todo el relacionar, rompiendo la concatenación a veces”<sup>2</sup>. La palabra en que la sintaxis no encierra la fuerza del pensamiento es la que ha perseguido denodada-

mente María en su escritura. El acceso a esta promesa está reservado a los *inocentes*, a los que saben que esas palabras que faltan son iguales a aquellas que a veces no son capaces de dar cuenta de lo que se ama.

La palabra que nos falta es contemplada como depósito inagotable, casi como la tierra heideggeriana. En algún sentido esa Palabra tiene algo de arquetipo: todas las palabras aluden a una *palabra perdida* que alborea y palpita por momentos. “La palabra desprendida del lenguaje, la sola, pura, límpida palabra, nos parece que haya sido salvada de las aguas primeras de esas amargas y también dulce, como todo lo amargo, es nacida de un mar que ya no alcanzamos a ver, que no estamos preparados de que nos bañe todavía, mas alguna vez podría ser que un instante inesperado naciera de nuevo para volverse otra vez, reiteradamente, a esconder”<sup>3</sup>. La palabra escondida trasciende todo acontecimiento reservándose al modo de la *semilla*.

Ciertamente, la palabra, afirma María, es el *don del exilio*. Al ofrecerse, como una música, sólo instantáneamente, la palabra es *condensación del dolor* y conflicto permanente con las fronteras de lo expresable. La experiencia de la palabra que *Claros del bosque* propone afirma un pensamiento que se sostiene a sí mismo en un dominio incalificable: “Engendradora de musicalidad y de abismos de silencio, la palabra que no es concepto porque es ella la que hace concebir, la fuente del concebir que está más allá propiamente de lo que se puede pensar”<sup>4</sup>. La búsqueda del “logos oculto” o de las razones seminales se inicia en María Zambrano desde una atención a este carácter verdadero de las palabras, ya sean de revelación, poesía o metafísica.

<sup>2</sup> Zambrano, M. *Claros del bosque*. Seix Barral. Barcelona. 1997. p.24.

<sup>3</sup> Op. cit. p.86.

<sup>4</sup> Op. cit. p.99.

<sup>5</sup> Zambrano, M. *El hombre y lo divino*. F.C.E. México.1986. p.12.

## 2. La nada símbolo de lo sagrado

El carácter poético de la obra de María tiene además cierta proyección sacral que nos recuerda la vinculación con lo sagrado que tuvo la primera manifestación de la poesía. Lo sagrado se nos muestra en las diferentes formas de lo divino como un horizonte, próximo y lejano a la vez en el proceso de interiorización del hombre. Ser hombre es poseer esta interioridad inabarcable. La razón poética es razón creadora que hace que el hombre se asemeje a la divinidad por el poder de crear a partir de la palabra originaria.

La razón poética puede ser considerada como método o camino de intelección de la realidad sagrada y su despliegue en lo divino. Las imágenes son la primera forma de desvelación de lo divino, es la primera forma en la que la realidad se hace presente. Es necesario romper con estas imágenes para entrar en contacto "directo" con Dios. Me centraré en la consideración de la nada como reflejo o imagen de lo sagrado, del fondo ignoto, las entrañas, lo más originario del ser humano; la nada como "la última manifestación de lo sagrado", según María. La nada aparece en nuestra cultura como la última manifestación de lo sagrado; como enmascaramiento de lo divino.

Según María Z. "la filosofía jamás había penetrado en el infierno. Era su limitación y también algo así como su castidad"<sup>5</sup>. Y esto es así por el horror que siempre se ha sentido al no-ser, al vacío, sobre la vida. Pero el hombre al haberse desligado de la idea de Dios, no encontraba apoyo para su existencia, de modo que su única salida posible fue el hundirse en la nada; pues fuera de todo no queda sino la nada.

Pero la afirmación de la muerte de Dios sólo es posible para la religión cristiana, donde Cristo nos da la imagen de un Dios muerto

verdaderamente. Con esta muerte de Dios, lo divino ha vuelto a su lugar originario, ha vuelto a lo sagrado; en este caso a las entrañas del hombre, a nuestro infierno particular. "Cuando se abisma el ser, la realidad luminosa y una, no caemos en la nada, sino en el laberinto infernal de nuestras entrañas de las que no podemos desprendernos"<sup>6</sup>.

En *El hombre y lo divino*, la nada es la noche, oscuridad; oposición a la luz de lo divino, por lo que aparece como lo negativo de Dios, su sombra infinita.

El tema de la nada lo toma Zambrano de Unamuno, pero también está influenciada por Heidegger: "¿Por qué el ser y no más bien la nada?"; la pregunta que constituye el tema central de la metafísica heideggeriana también ocupa un lugar preponderante en la filosofía de María.

Es evidente que la nada no puede concebirse como siendo, no puede pensarse de este modo. Y no aparece la nada como tal en filosofía, "...sino en la religión, como último fondo de donde saliera la realidad toda por un acto creador"<sup>7</sup>. Así Dios crea la realidad toda *ex nihilo*, la crea a partir de la nada. Pero, en este caso, al ser la nada el fondo donde está contenida toda la realidad ¿no tendría la nada algo de positivo, al ser el "continente" de toda otra realidad?

La filosofía no podría, en efecto, ocuparse de la nada, porque se ocupa de las cosas que de algún modo tienen ser, y el ser y la nada no parecen ser la misma cosa, sino totalmente lo contrario.

"Sólo al hombre podía afectarle la nada... en su agonía de criatura perdida en las tinieblas"<sup>8</sup>. El hombre al surgir de las tinieblas, de la

<sup>6</sup> Op. cit. pp.151-152.

<sup>7</sup> Op. cit. p. 177.

<sup>8</sup> Ibidem.

oscuridad y participar de ellas, de algún modo siente que está compuesto por ser y no-ser y se angustia, se angustia en la profundidad de su ser, pues ansía completarse, llegar a ser completamente, sin tener lugar para el no-ser, para la nada. Es en la angustia donde el hombre siente la presencia de la nada, en esta angustia nada y ser se presentan al hombre formando una unidad, como algo simultáneo al ser, como una sombra que siempre le acompañe.

El hombre capta la nada en los infiernos del ser, en las entrañas, donde el hombre capta su situación originaria, su condición de viviente; y esto no lo puede captar con la razón.

Zambrano se pregunta cuándo surge en Occidente la conciencia de la nada; y la sitúa en un momento detrás de la Historia, en Lutero. Pues es con Lutero cuando el hombre vuelve a su oscuridad originaria, a su soledad desnuda frente a Dios; a partir de aquí comenzó a surgir la nada. Con lo que, como dijimos antes, la nada aparece ligada no a la filosofía, sino a la religión y el ejemplo más relevante lo tenemos en los místicos, así por ejemplo para S. Juan de la Cruz la nada está en sí mismo y es lo que lo separa de lo divino.

Pero incluso se da un paso más y se llega a aceptar la nada como Dios mismo; ejemplo de ello lo encontramos en Miguel de Molinos; "La doctrina de Molinos es casi una inversión de lo divino y lo diabólico según la ortodoxia católica"<sup>9</sup>.

Entonces vemos que la nada es el vacío interior del hombre, pero es algo constitutivo de él y sólo renunciando a lo que él es puede ir al encuentro de lo divino. La resistencia del ser del hombre, nos dice María es la nada, y la nada es Dios, porque resistir es existir y el hombre sólo puede existir frente a Algo, y este

algo era en principio el Dios y la alteridad absoluta es Dios, constituido ahora como la nada. Pues a partir del S. XVII al perderse la idea de Dios, el hombre ocupó el lugar vacante, y al encontrarse en soledad surgió la nada en toda su realidad. De modo que las tinieblas se cernieron de nuevo sobre el ser del hombre. El hombre, creo yo, en esta situación se siente abandonado sin poder hallar respuesta a ninguna de sus preguntas.

María muestra cómo en la filosofía moderna la nada cobra importancia, pero esta importancia siempre ha estado presente en el mundo creyente, porque entre la nada y la vida se encontraba la eternidad del infierno y del paraíso.

Parece ser como si la nada apareciera en María con los mismos caracteres con los que define ese fondo oscuro que es lo "sagrado" y que se manifiesta como lo divino, luego podría pensarse que la nada es la definición de Dios en el mundo, que sin embargo, está exigiendo una nueva revelación. Vemos cómo la nada y Dios son los polos extremos del ser, la ausencia de ser y la totalidad de ser, estos polos se complementan y delimitan al ser que el hombre puede conocer.

La nada con la que el hombre se enfrenta no es algo neutro, sino que está constituida como ausencia del otro, de una realidad personalizada. "La realidad de mi yo delimita y exige esa alteridad absoluta, la presencia del absoluto de ser, que como yo mismo es un alguien, sin el que yo tampoco soy un alguien, sino simplemente algo"<sup>10</sup>.

Cuando el hombre se pregunta por la nada: ¿Qué imagen de la nada puede aparecer en su mente? ¿Y cuándo trata de definirla? Nada. ¿Qué es la nada? Sólo podemos definirla por oposición al ser, pero en sí misma creo

<sup>9</sup> Op.cit. p.178.

<sup>10</sup> Ortega Muñoz, J.F. *El sentido teológico de la filosofía de Zambrano*. Azalea. Universidad de Salamanca. p. 261.

no poder concebirla. Se la podría pensar como algo totalmente oscuro, negro; pero entonces tendría el color negro, una realidad y no la nada. ¿Cómo será la nada, si no es?

Para María la nada no es algo exterior al hombre, sino algo que el hombre siente dentro de él, cuando percibe su vacío interior. Yo creo que se puede sentir la nada cuando el hombre no sabe realmente el para qué o por qué de su existencia, cuando se siente solo, pero tratándose de una soledad interior; o cuando encontrándose consigo mismo en profundidad ve que no es más que apariencia y dentro sólo hay un vacío.

Según se nos muestra, entre los contrarios puede darse dos tipos de relación:

1. Cuando se da una síntesis en armonía, por lo tanto es positiva. Los contrarios se complementan superándose (*aufheben* hegeliano).
2. Cuando se da una pseudo-armonía, donde los contrarios permanecen irreconciliables; entonces es cuando surge la angustia, la nada.

María hace una preciosa comparación entre la nada y lo sagrado, mostrando que se comportan de igual modo. "El fondo sagrado de donde el hombre se fuera despertando lentamente como del sueño inicial reaparece ahora en la nada"<sup>11</sup>. Así lo sagrado, de donde emerge el ser y que en nuestro fondo último puede aparecernos, de acuerdo con la perspectiva que adoptemos, como lleno o vacío, se nos presenta como Dios o nada.

La nada, al igual que lo divino, no nos muestra su rostro y por esto nos es imposible definirla, no podemos describirla. Pero, de algún modo, ésta aparece como algo que

podría localizarse en las tinieblas. Y estas tinieblas podrían ser también el lugar desde el cual el hombre irá despertándose hacia la luz. La nada no es pasividad sino algo activo; "no tiene entidad, pero es activa sombra de la vida también"<sup>12</sup>. Pero esta acción de la nada es negativa, porque: ¿Qué es una cosa cuando de ella se apodera la nada? Pues, como ella misma, nada.

Pero, por otro lado, podría decirse que la nada permite al hombre realizarse, porque en la nada están todas las posibilidades del ser, de modo que cualquier *proyecto de ser* que tenga el hombre debe partir, de algún modo de la nada. Con lo que la nada aparece como algo inseparable del ser, tanto para su negación como para su posibilidad de ser. Además, la nada, a veces, se nos puede ocurrir como aquello que envuelve al ser, en el mismo límite, en la frontera del ser, aparece la nada. Puede establecerse una semejanza entre la nada y Dios, así la nada es lo ilimitado que envuelve al ser, pero que se siente originariamente dentro del ser y Dios es lo ilimitado que rodea a toda realidad y que también se siente dentro, muy dentro del hombre.

Podría pues, decirse que María abre una mirada al misterio del ser. Todo es revelación y ésta se cumple en el despertar, el nacimiento, la respiración, la conciencia del ser escondido, la salida del alma, el abrirse de la inteligencia, el deslizarse de la imágenes.

La expresión de María Zambrano es poética, pero su belleza nace justamente en los momentos más felices de su obra, cuando ésta roza el límite de la verdad, en esa inminencia que sólo la experiencia filosófica, hondamente personal, puede alcanzar. El centro de todas estas disquisiciones es captar *el alma del tiempo*, de un tiempo, el momento entre un *antes* aludido y un *después* que resuena, en tal situa-

<sup>11</sup> Zambrano, M. *El hombre y lo divino* .p186.

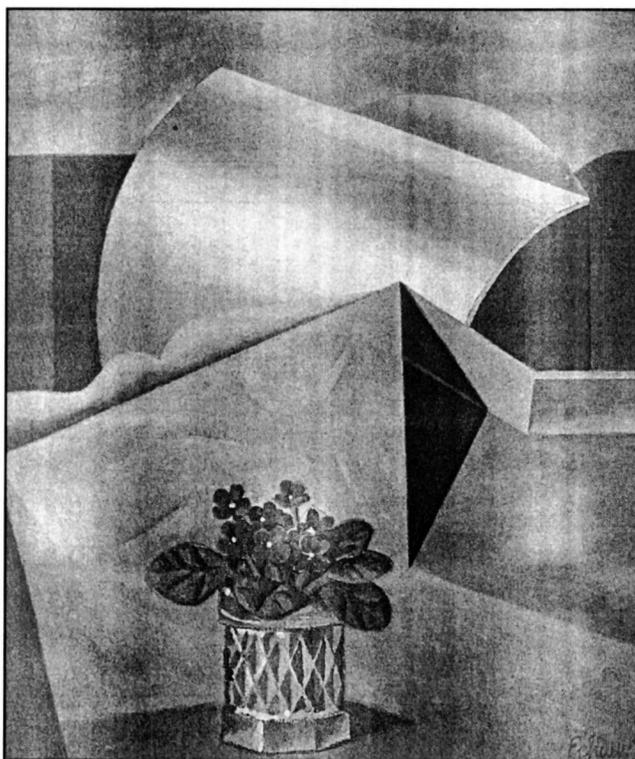
<sup>12</sup> Op.cit. p.188.

## Aurora

ción la aspiración a una *mística de la inmanencia*. María Zambrano sabe trazar las genealogías que van del mito antiguo al misterio cristiano, esto nadie puede dudarlo. Su temperamento místico se adivina en los signos.

Sólo quiero decir que tal vez un mejor trabajo sería, una vez leída su obra, dejarse lle-

var y esperar el momento en que la inspiración o revelación nos fuese concedida y entonces, sólo entonces, responder a ella con un poema, donde las palabras brotaran sin esfuerzo y se asemejaran a su obra, nacida del corazón, de las entrañas, donde nos es dado el sentir originario.



Francisco Echaz, *Violetas*, 1990